

AMAYA O LOS VASCOS EN EL SIGLO VIII

ESTUDIO CRÍTICO

I

Cada vez que en nuestra noble y desgraciada Patria euskara se produce una obra literaria, revive en mi corazón alguna amortiguada esperanza; a pesar de las desdichas presentes, una secreta voz me dice que el actual y fecundo renacimiento literario de mi país, algo significa para el porvenir; que revela, no sólo el progreso de nuestro espíritu, sino lo que más vale aún, la supervivencia de nuestros ideales. Y acuden a mi pensamiento los recuerdos de tantos y tantos pueblos salvados del olvido, consolados en sus desventuras, animados en sus desfallecimientos, sublimados en sus protestas, nada más que por las obras literarias; que ellas son, cuando las escribe el genio, guardadoras de tradiciones, vengadoras de injusticias y nervio y savia de invencibles reivindicaciones.

Por causas que ahora sería inoportuno señalar, pero que no se derivan de incapacidad poética de la raza, como algunos, mal intencionadamente, han querido suponer, es lo cierto que la gente euskara se había mostrado muy apartada del cultivo de las bellas letras. Pero desde que las persecuciones arreciaron y las exigencias niveladoras de una opinión pública extraviada se abrieron camino, nótase en el solar vasco-navarro un gran movimiento literario, que como no puede menos de suceder en los momentos actuales, pide su inspiración al patriotismo.

Entre todos los trabajos que este movimiento ha producido, ocupa un lugar eminente la obra titulada *Amaya*, escrita por el que podemos llamar, sin temor a contradicción alguna, ilustre escritor Don Francisco Navarro Villoslada (p. e. g. e.). A ocuparme de tan hermoso libro, me mueve la admiración que me ha producido su lectura no con la pretensión de juzgarle, sino con la de señalar algunas de

sus bellezas y honrar a la vez mi nombre, enalteciendo obra que en tan alto lugar coloca a mi amado país vasco-navarro.

II

Una verdadera obra de arte, es cosa, por su propia naturaleza, sumamente compleja; para estudiarla bien es preciso ir aislando cada uno de los elementos que la componen, del mismo modo que para estudiar el planeta, es preciso separar las capas geológicas sobrepuestas que lo constituyen.

Nada más fácil que esta operación cuando se procede con método, partiendo de lo exterior de la obra artística, que es la *forma*, hasta llegar a lo interno, que es la idea, escudriñando de camino los resortes morales de los personajes y su juego, su complicación, o lo que es lo mismo, examinando la parte plástica, la psicológica, la dramática y la filosófica. He aquí el plan que me propongo seguir en el estudio de *Amaya*.

“La primera pregunta que debe hacerse acerca de un artista, es esta: cómo ve los objetos, con qué claridad, con qué rapidez, con qué fuerza? La respuesta define de antemano toda la obra, porque en cada línea *imagina* y guarda hasta el fin el carácter que tenía en un principio. La respuesta define de antemano todo su talento, porque en un novelista, la imaginación es la facultad maestra., (1). Respondiendo a estas preguntas, que creemos adecuadas a nuestro objeto, diremos, que la imaginación de Villoslada es poderosa y varia; los obstáculos no existen para ella ni los desfallecimientos tampoco; tiene la cualidad admirable de la flexibilidad, que es por sí misma un segundo genio, que le permite pasar de los asuntos grandes a los asuntos pequeños, sin esfuerzo y sin violencia. Los más opuestos tonos de la lira poética vibran en ella al lado unos de otros, formando una superior armonía; es delicada y varonil, risueña y melancólica, dulce y enérgica, elegíaca y entusiasta, mística y guerrera, sencilla y elocuente, luminosa y sombría, eminentemente descriptiva, y además, dotada del supremo don que se llama *don de las lágrimas*.

Al decir de la imaginación de Villoslada que es poderosa, hemos querido manifestar la potencia que posee para hacer nacer en el cerebro de los lectores imágenes claras y precisas de los objetos que representa; relaciónese ahora este calificativo con los demás que le

(1) H. Taine, Histoire de la littérature anglaise, t. V, p. 6.

siguen, y se tendrá una idea aproximada de la energía y variedad de las sensaciones que la lectura de *Amaya* nos hace experimentar. En efecto, ya tenga por objeto pintar cuadros alegres o tristes; sublimes o vulgares, Villoslada emplea siempre la palabra más apta, la expresión más característica del asunto que en aquel momento le ocupa la atención de la mente. De aquí nace la intensidad de la impresión causada. Al contrario de otros escritores que reservan todo su esfuerzo para poner de relieve ciertos personajes, escenas y situaciones culminantes, Villoslada los trata todos como si fuesen principales. Quiere presentarnos, p. ej., una humilde vaquerilla, que no es, ni mucho menos, personaje capital de la obra, y lo hace con tal donaire, que jamás puede borrarse la aparición de la gentil Olalla. Mirad cómo la retrata. “Y momentos después apareció en el umbral una niña de quince abriles, con un cuenco de leche en la mano izquierda y sacudiendo los rosados dedos de la derecha mojados en blanca espuma. Daba gozo ver aquella criatura, fresca como el alba, limpia como el agua de la fuente, alegre como un mayo, suelta como una corza y de inocentes ojos de paloma.,,

No hay *detalle*, por insignificante que parezca, al que no consagre su atención Villoslada. Y esta precisión en describir, que en otros autor es suele degenerar en pesadez, nunca fatiga en el nuestro, porque aun la trivialidad se embellece al pasar por sus manos, con la tersura y pulidez de la frase. Sirva de ejemplo la comida con que el anciano Miguel de Goñi brinda a los montañeses amezcoanos, que bajo las órdenes de García van a sorprender la marcha del godo Ranimiro. No puede darse asunto más sencillo; se trata de describir una muy rústica comida de gentes muy rústicas también, y nos dice: “En un abrir y cerrar de ojos devoraron el jamón, dos cestas de pan y un par de quesos. En cuanto al pellejo de vino, quedó, como suele decirse, pez con pez de la primera embestida y fué necesario reemplazarlo con otro que llegó firme y orondo y se quedó temblando.,,

Pero la imaginación de Villoslada es una maravillosa escalinata cuyos primeros peldaños tocan el polvo de la tierra, y los últimos se pierden en el incorruptible azul de los cielos bañados por centellante luz. Subid por ella y recorreréis una portentosa odisea, pues os mostrará la egregia majestad de las gigantes sierras desgarradas por abismos, envueltas en espesas nieblas que a impulsos del aire se mueven como un mar y adornadas con el eterno verdor de los bosques; las espléndidas noches en que la luna riela su plateado fulgor sobre las tersas aguas de los torrentes y los marmóreos peñascos de las montañas, mientras los guardadores de la fe primitiva danzan los bailes simbólicos y entonan los legendarios himnos en honor del *Dios*

sin nombre; el secular palacio de los señores bascones, tétrico y fiero de aspecto, pero en realidad paradisiaco, porque como entre las groseras conchas de la ostra vive la perla, entre las lobregueces de Jaureguía habitan la inocencia y la hospitalidad, el patriotismo y la fe, la confianza y la bondad, todas las virtudes patriarcales en suma; la militar faena de los campamentos y la cámara regia, donde se elaboran las más trascendentales combinaciones políticas; el rudo batallar de los hombres en la tierra y la demencia de los elementos en el cielo; las pasiones iluminadas o dirigidas por la luz del cristianismo, y las aspiraciones satánicas del alma, engendradoras de espantosos crímenes; los arrobadores éxtasis de la Religión, los embelesos del amor y los inconsolables clamores de la desesperación; la existencia pacífica y risueña de los humildes, y el apocalíptico choque de las razas y el trágico hundimiento de los imperios!

Y todas estas diversas escenas desfilan ante nuestros ojos con extraordinario relieve; la misma propiedad que hemos señalado en los asuntos pequeños campea en los asuntos grandiosos; todos los objetos característicos de la escena que se trata de presentar aparecen sucesivamente ante nuestra vista; ninguno de ellos huelga en la descripción, ni tampoco ninguno importante se omite: este esfuerzo de concentración ejercido aun sobre los asuntos más extensos, explica la mágica verdad y la singular belleza de los cuadros de *Amaya*.

Villoslada, como la mayor parte de los grandes escritores modernos, es un amante apasionado de la naturaleza; siempre que la encuentra en su camino se detiene a contemplarla, y embelesado, su pluma se torna pincel que reproduce las perennes bellezas del paisaje, no sin que la emoción del artista deje de traslucirse a través de las galas descriptivas. Recordemos la descripción del panorama que se descubre desde la cumbre del Aralar. ".....la vista alcanza sin esfuerzo desde los Pirineos centrales que cierran el cuadro por el Oriente, hasta la curva del mar, confundida entre las brumas del Norte; desde las castellanas sierras de la cuenca del Ebro, Gorbea y Aizgorri sobre Aránzazu, hasta las montañas que dominan San Sebastián, Hernani y la desembocadura del Bidasoa. En una palabra, tierras de Burgo y de Francia, de Vizcaya y Aragón; dos golfos y fuentes innumerables de caudalosos ríos.

„Las formidables cordilleras de Pamplona parecen humildes escalones de la gran cordillera pirenaica; la famosa altura cónica de Monreal que se divisa de toda Navarra, queda reducida a las proporciones de túmulo céltico y cerro artificial. Pamplona es un modesto caserío que tiene por cimientos las enormes peñas de Osquía y por respaldo los Pirineos centrales.

„Sola hacia el Sur la sierra de Andía, cortada verticalmente por la de Urbasa, quiere como echarse encima del Aralar para contenerlo en sus pretensiones de rey de los gigantes; y entre uno y otro se tiende el valle de Araquil con todos sus pueblos, ríos, selvas y peñascos que deleitan los ojos con detalles; todo lo demás, desvanece por lo vago y dilatado; confunde el espíritu con la idea de la inmensidad.

„Surgen del azulado fondo de los valles ingentes masas de rocas blanquecinas, oscuros lienzos de ciclópicas murallas, montes revueltos y desordenados como despojos de guerra de titanes. Por una parte lo mas profundo; por otra lo más empinado; golfos que ciñen los templados y suaves valles de Aitor, cimas de casi perpetuas nieves, sobre las cuales se alzaban los fantásticos palacios y jardines de Luzaide y Maitagarri. El Pirineo allí lo domina y absorbe todo; el Pirineo, de mar a mar alzado por la mano de Dios, como baluarte de la independencia ibérica, tendido para separar a dos naciones, como un gigante cuya crespas cabellera salpican las espumas del Océano, y cuyos pies se mojan en las ondas del Mediterráneo.

„Las ramas de los robles de tiempo inmemorial, que crecen en lo fragoso de aquellas breñas, con su primitiva pompa y libertad, no se enlazan y revuelven con tanto y tan magnífico desorden como los muros y contrafuertes de la cordillera pirenaica, que forman laberintos de valles y cañadas, de precipicios y barrancos, de crestas y rocas arremolinadas, de brucasas pendientes y suaves declivios; cuándo de peñascos en montón, sin más vida que el musgo, ni más habitantes que las águilas; cuándo de selvas derramadas, el menor de cuyos árboles fuera orgullo de otras montañas.

„Allí reinan helados vientos de nieves perpetuas, y calientes auras saturadas de azahar; allí moran, desde el oso recostado en témpanos de hielo, hasta las aves de los trópicos; y crecen en opuestas latitudes, la flora del Norte y la del Sur, hayas y fresnos, geranios y magnolias.

„La caprichosa estructura de las ramificaciones de esa gran sierra, y la atrevida ondulación e inesperados pliegues de sus estratificaciones geodésicas, presentan, al decir de un geólogo, la imagen del Océano súbitamente petrificado a la voz de Dios en la más desatada tempestad. Aquella mañana ofrecía esta comparación mayores visos de exactitud que nunca. El piélago de montañas tenía sus ruidos en las selvas, y su fondo azul en los vapores de los valles, sobre los cuales, flotantes en la apariencia las rocas de las cumbres, heridas por el sol con rayos horizontales, rojizas y doradas, remedaban la espuma de las olas.,,

Pero no es solamente la serena hermosura de los paisajes pirenaicos la que se refleja en las páginas de *Amaya*, porque así como Villoslada sobresale en la pintura de los puros afectos del alma y en la de las agitaciones malélicas que la empañan y agitan como las demencias del viento al mar, de la misma manera sobresale en la pintura de la conmoción de los elementos, cuando éstos parecen romper las férreas leyes de la naturaleza que los sujetan y regulan. Quién que la haya leído podrá olvidar jamás la admirable descripción con que termina el episodio de la sublevación de Pamplona? “El viento de aquel día había traído en sus alas de fuego la tempestad. Las veletas de las torres se ladearon un poco hacia el Sur, y las crestas de Sárbil y del Perdón se cubrieron inmediatamente de negros nubarrones, que descendieron al valle del Arga y cubrieron con rapidez toda la cuenca. Parecía que la noche había tendido súbitamente su manto más lóbrego. Por espacio de dos o tres segundos sintióse en el cielo un ruido aterrador, como el del paso de un ejército que avanza en silencio de tambores y trompetas. Cayó luego un granizo seco de piedras enormes y espesas, que a grande altura rebotaban del suelo, de los tejados, de las paredes mismas frente al Mediodía.

„En breve calles y plazas quedaron como nevadas, con espesa capa de guijas de alabastro.

„A la piedra siguió el agua que caía a torrentes, revuelta con truenos y relámpagos; y sobre el fondo de tenebrosas nubes veíanse cruzar, rodar, volar otras más negras, que a cada momento se iluminaban con rojiza lumbre, descargando sobre la ciudad andanada de centellas. Y tras unas, otras. Era como especie de simulacro de infernal armada, que pasaba sin cesar de sierra a sierra, de Sur a Norte, rompiendo en truenos y rayos por una y otra banda.

„Las calles convertidas en ríos, la ronda en lago hirviente de cenagoso oleaje, arrastraban granizo, maderos, muebles y despojos de tenduchos o casas viejas que se desplomaban; no era posible que humana criatura pudiese resistir la tempestad, ni había corazón que no se acobardara con tan distintos y siniestros rumores, estruendos y estallidos..

A medida que la grandeza de las situaciones aumenta, se agiganta la imaginación de Villoslada que se cierne, como las águilas, dominando las más remotas cumbres. Hasta ahora le hemos visto eminente en la expresión de la belleza de las cosas; pero llega al límite de su genio cuando manifiesta la belleza de las ideas, cuando condensa la enorme poesía que se desprende de los grandes acontecimientos históricos. Cuán vibrante y majestuosa se alza su voz repitiendo los inextricables fallos del destino! Entonces la novela se

transforma en poema, y el poema, dilatado por inspiración titánica rompe los moldes poéticos y toca la meta de la filosofía. Creeríais entonces estar leyendo una página de Vico o Herder, aunque escrita bajo muy diverso sistema; los secretos y misterios de las revoluciones que cambian hasta en sus entrañas el modo de ser de los pueblos y naciones, surgen vestidos de oro, irradiando luz sobre los más oscuros problemas. Pero estas explicaciones jamás se muestran disgregadas de la narración, sino que por el Contrario, las veis viviendo dentro del drama, formando la malla de la misma complicación del argumento, y para mí, este consorcio inimitable es uno de los mayores méritos de *Amaya*. Así, por ejemplo, cuando la idea superior de la Religión triunfa del exclusivismo patriótico de los bascos, aquel gran movimiento que hace entrar a los euskaros en el concierto de la nacionalidad ibérica, se produce con tan espontánea energía dentro del cuadro de la misma novela, responde tan exactamente al carácter de los personajes que en ella juegan, que el lector comparte tan fervido entusiasmo y aplaude tan grandioso episodio, sin darse cuenta que el autor en el mismo instante está sosteniendo y desarrollando una tesis, que puede considerarse como capital dentro de su obra, y es, que los intereses católicos están por encima de todos los intereses de la tierra, por respetables que sean, tesis que al mismo tiempo es explicación, y profunda, de un acontecimiento hasta entonces inaudito en la tierra bascongada.

ARTURO CAMPION.

(Continuará)